



Efraín Huerta, la poesía y la calle

RENÉ AVILÉS FABILA

La primera vez que escuché un poema de Efraín Huerta fue en 1960, durante el concurso de poesía de la Escuela Nacional Preparatoria, plantel número 7. Me impresionó la fuerza de las imágenes callejeras y los aspectos críticos de la obra. Era ¡Mi país, oh mi país! En esa época, al menos para los jóvenes que militábamos y que deseábamos ser escritores, la generación Taller, nacida alrededor de 1914, ya no nos decía mucho en tanto grupo. A cambio, dos de sus figuras, José Revueltas y Efraín Huerta, se nos antojaban magníficos porque además de grandes literatos eran hombres de izquierda.

A José Revueltas lo trataba porque era amigo de mis padres, juntos habían soñado, hecho algunos proyectos y pensado en un México comunista y no tardé mucho en conocer personalmente a Huerta. Durante una larga farra con compañeros de generación, Abigail Bohórquez, Dionicio Morales, Leopoldo Ayala y Carlos Bracho, fuimos a parar a una fiesta llena de entusiasmo y alcohol. Allí encontramos a Efraín Huerta, con un aire



somnoliento; junto a él estaba Telma Nava, su esposa. Era fácil hablar con él, iniciar una buena amistad. Alguien dijo que Efraín era el mejor poeta mexicano y Leopoldo Ayala, siempre tan aguerrido e insolente, gritó: Ah, eso lo repites públicamente.

Aquellos tiempos, hablo de 1964 o un poco antes, eran tiempos de guerra fría y Cuba había echado un balde de agua fría en el rostro del imperio gringo. La izquierda latinoamericana estaba gozosa y soñaba con extender la Sierra Maestra al resto del continente latinoamericano. En ese momento, tal vez y contra la voluntad de Huerta, estábamos comparando a un Octavio Paz convertido en hombre de ideas políticas conservadoras, con las siempre avanzadas de su contemporáneo Efraín Huerta.

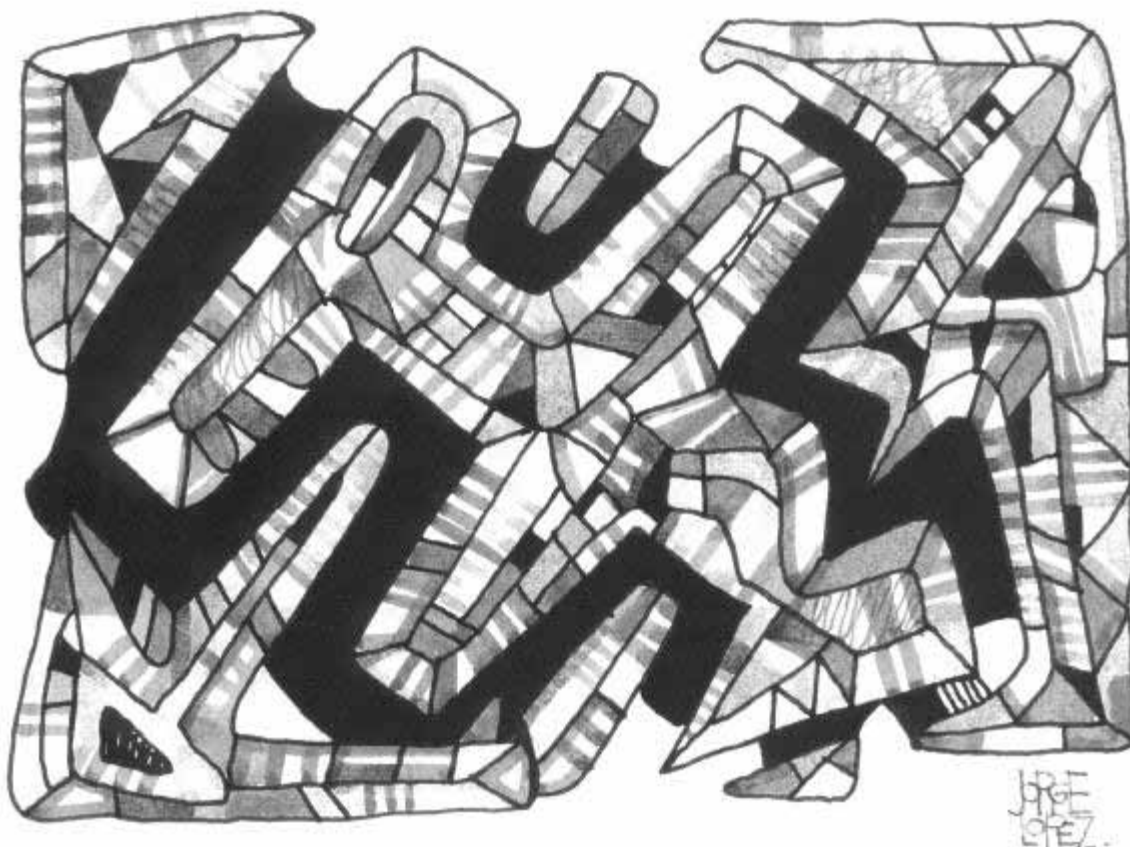
Realmente no llegué a ser amigo de Huerta tal como lo fueron, por ejemplo, Dionicio Morales, Carlos Bracho y Leopoldo Ayala, tal vez porque no he tenido la tendencia a ser amigo de las grandes figuras intelectuales y artísticas, y las que he conocido ha sido por verdaderos golpes de fortuna. Pero lo vi una y otra vez en reuniones poéticas y en fiestas donde el alcohol era desaforado y muy oportuno. En más de una de esas reuniones, Huerta improvisó poemas o los modificó jugando con los acentos.

Efraín Huerta nació en Silao, Guanajuato, en 1914 y murió en la Ciudad de México en 1982. Desde muy joven se hizo comunista e ingresó en 1935 en el Partido Comunista, de donde, siguiendo sus costumbres estalinistas, lo expulsaron en los años cuarenta. A pesar de ello, igual que muchos otros izquierdistas, permaneció fiel a la causa y no distante del legendario PC. El periodismo lo atrapó y dedicó mucho esfuerzo a su práctica, especialmente a la crítica de cine. El Fíguro no era un periódico de especial peso en México, pero allí, en sus páginas escribía Efraín Huerta de cine y eso nos hacía comprarlo.

La poesía de Huerta tiene deudas con la generación del 27, quizá con la de Contemporáneos y sin duda con la enorme poesía de Pablo Neruda. Sin embargo, de pronto hay en sus versos aires de un poeta revolucionario como Maiakovski. Es una poesía a veces dura, amarga, callejera, de un mundo sórdido, de camiones y viejas nostálgicas, una poesía poco esperanzadora, escrita desde una brutal zona urbana que ya se anticipa terrible. Dionicio Morales ha dicho que Huerta es “un poeta original, un poeta realista que le inyecta a la poesía mexicana rabia, algo que le hacía falta a este género en esos años, y lo cual se puede advertir en su libro *Los hombres del alba*, sin olvidar su sentido del humor sarcástico y su honestidad para ganarse la vida.” Yo añadiría a las palabras de Dionicio, que se trató de un caso, como el de José Revueltas, de enorme e intensa congruencia política.

Taller fue un grupo y una revista literaria de altos vuelos, para sus integrantes fue un arranque promisorio y feliz. Rafael Solana solía llevar la iniciativa. Todos ellos veían, en efecto, con deslumbramiento a los Contemporáneos y a buena parte de la poesía española anterior a la guerra civil, la generación del 27. En medio de todos ellos, aparecía la gran figura de Pablo Neruda, quien con unos mantendría amistad hasta el fin de sus días, con otros, la rompería. Dada la situación internacional, de un lado el ascenso del fascismo y del otro una Unión Soviética que se debatía entre su pasado leninista y su presente donde Stalin se aprestaba a una brutal guerra con Alemania, el debate era sobre literatura y compromiso. Octavio Paz hace una detallada relación de tales admiraciones y polémicas en sus obras autobiográficas; en algún párrafo se detiene en su amigo Efraín: “...con la excepción de Huerta, los poetas mexicanos que escribíamos en Taller, vimos siempre con recelo a la poesía social.”

Tengo la impresión de que en vida, Huerta fue un poeta muy respetado y muy admirado por grandes gru-



Jorge López

pos de lectores. Recuerdo que algunos de sus libros *Línea del alba* (1936), *Poemas de guerra y esperanza* (1943), *Los hombres del alba* (1944), *Farsa trágica del presidente que quería una isla* (1961), *El Tajín* (1963), *Barbas para desatar la lujuria* (1965) y *Poemas prohibidos y de amor* (1973), hicieron de él uno de los poetas mayores y le dieron para siempre la reputación de un escritor comprometido con las grandes luchas sociales y con los sueños de una época que, por desgracia, no llegaron a ser realidad.

Alrededor de 1980 la algarabía y el ruido que producíamos los nacidos alrededor de 1940, se extinguía. Una de las grandes figuras que admiro, Efraín Huerta, estaba herida de muerte y había perdido prácticamente la voz. Sus últimas hazañas poéticas fueron escribir los célebres poemínimos (un género inventado por Efraín que quizá descienda de las famosas greguerías de Ramón Gómez

de la Serna y de las jitanjáforas que por aquellos años solían escribir algunos poetas) bajo el título de *Estampida de poemínimos*, en 1981, ingeniosos juegos verbales, frases irónicas, breves y agudas edificaciones burlonas, que logré memorizar y decir buena parte de ellas durante uno de los primeros homenajes que Huerta recibió luego de fallecer.

Aquellas hornadas de literatos habían sufrido el impacto de un poeta ruso, Maiakovski, un hombre que bajo la influencia de la revolución bolchevique transformó la poesía. Nuevas metáforas aparecieron, más audaces e insólitas estaban en sus trabajos como *La nube en pantalones*, *La flauta Vertebral* y *La guerra y el mundo*. Fue un soñador que decidió culminar sus días cometiendo el único acto de libertad que los humanos podemos darnos: el suicidio. Su vida fue una gran tragedia y su poesía revolucionaria influyó en muchas generaciones,

por qué entonces, Efraín Huerta iba a dejarlo pasar desapercibido. De modo que escribió un ensayo formidable sobre el legendario personaje ruso: Maiakovski, poeta del futuro (1965).

Efraín Huerta, pese a las dificultades, los males físicos y los problemas materiales, vivió sin dejar de lado el sentido del humor. Por ello cierra su ciclo poético con los graciosos poemínimos. En ellos corrigió a sus biógrafos, a sus amigos, a la humanidad y por último, con más humor, negro, preparó su testamento.

Como prueba de lo primero, recordemos “Pequeño Larousse”:

“Nació
 En Silao
 En 1914.
 Autor
 De versos
 De contenido
 Social.”
 Embustero Larousse
 Yo sólo
 Escribo
 Versos
 De contenido
 Sexual.

Por último, su “Candoroso testamento”:

Ahora
 Me
 Cumplen
 O
 Me
 Dejan
 Como
 Estatua.

Palabras finales. Tengo la impresión de que Huerta vive más en la memoria de sus amigos y admiradores cercanos que en las masas de lectores que, imagino, ha alcanzado Octavio Paz. Algo parecido a lo que le sucede a José Revueltas: la tenacidad de su familia, concretamente de su hija Andrea, nos ha permitido seguir comprando, aunque sea a cuentagotas, las ya bien ordenadas obras completas. Algo está mal en México. Faltarían asimismo los grandes estudios críticos y la valoración adecuada de un gran poeta que observó sus callejuelas, sus barrios bajos y las esperanzas de sus habitantes menos protegidos.



Lourdes Domínguez